

Las trabajadoras domésticas entre clase, género y jerarquías de color en la Argentina contemporánea

Omar Acha

Abstract

This paper aims to reveal the intersections between class relations, gender performances and racialised hierarchisations in contemporary Argentina. The quarantine imposed in order to restrain the Covid-19 pandemic made evident, once more (likewise happened in previous critical situations), the relevance of domestic workers as symbols of social difference within the landscape of social and cultural inequalities. To fully understand this requires a historical perspective to shed light on the current situation because it is embedded in larger temporal contexts. Since the beginning of 20th century, but especially since the middle of that century, female domestic workers had a symbolic importance in representing the feminine workers within the Argentine working-class. As one of the most oppressed, exploited and despised sectors of the whole class, mostly coloured female domestic workers were far from being simply victims of their social experiences and oppressions. The first part of the paper is articulated in two segments. The first segment synthesises the historical transformation of domestic workers' labor force during the period 1900-1945. The second segment reconstructs the class and racialised conflicts during the so-called Peronist age (1945-1955) when domestic workers played an important role in social life. In these situations class struggle, violence and harsh conflictivity underpinned the reconstruction of class relations in Argentina. The second part of the paper deals with contemporary debates about class, culture, gender and coloured hierarchies and how they played out during the pandemic centred on female domestic workers employed in middle-and-upper class neighborhoods. The historical legacies of female domestic workers' actions are reframed in the current situation, undermining the (also academic) condescending dreams of social inclusion and progressive modernization in a class society.

Keywords: domestic workers; social class; racialization; gender; colour hierarchies; Argentina

El tema de este artículo involucra una cuestión que parece resistir, sin por eso dejar de modificarse a veces dramáticamente, el paso del tiempo: la persistente conexión entre relación de clase social, género, racialización y cultura en el trabajo doméstico remunerado. Su lugar y tiempo es, en la primera parte, la Argentina del siglo XX, especialmente en el periodo del “primer peronismo” (1945-1955), y en la segunda parte, las primeras décadas del siglo XXI. ¿Por qué es relevante enfocar en el primer peronismo? Porque entonces se generó una

conexión sistemática entre clase, color de piel y cultura que ha perdurado durante décadas, hasta llegar a la actualidad cuando el peronismo -el fenómeno único del populismo latinoamericano más duradero- se ha transformado a la luz de las modificaciones estructurales de la Argentina. La mencionada conexión se ha revelado especialmente vigente para las experiencias de las trabajadoras domésticas asalariadas.

La segunda parte estudia algunos episodios de los antagonismos de clase y cultura suscitados en el escenario de la reciente cuarentena por la pandemia del Covid-19. En una Argentina social y económicamente muy distinta a la de mediados del siglo XX, en una época en que la identidad peronista en la clase trabajadora ya no es lo que era, sin embargo las asociaciones entre trabajadoras domésticas, inflexión etnizada de la condición de género y cultura se revelan perdurables.

En materia teórica el artículo procura plantear reflexiones a propósito de los relatos progresistas y modernizantes de la historia. Según esos enfoques la sociedad argentina integra a la “gente de trabajo” en un país que carecería de “problemas raciales”. Desde luego, las dificultades de la inclusión y el progreso, los obstáculos a la modernización, son los temas predilectos de una concepción optimista del cambio histórico. La ampliación de derechos, la transmisión de valores de clase media, el pluralismo en materia cultural, constituirían rasgos de la sociabilidad nacional, especialmente después del fin de la última dictadura militar (1983). La historia de las trabajadoras domésticas es difícilmente incorporable en esas narraciones confiadas.

1. “Sirvientas”, racialización y lucha de clases entre los siglos XIX y XX

El trabajo doméstico remunerado constituyó un sector significativo de la clase trabajadora en formación en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. Tras la consolidación del Estado nacional y el fin de las guerras civiles que habían asolado al nuevo país después de su independencia de la corona española (1816), se fue configurando un mercado de trabajo capitalista que hacia el año 1900 tenía un perfil definido. Por un lado se encontraba el sector más dinámico de la economía, orientado a la agroexportación. Por otro lado, la urbanización y la llegada masiva de trabajadores y trabajadoras, principalmente de Europa del sur y del este, configuraron una clase obrera regida de una periodicidad estacional en faenas rurales y las asociadas a la exportación, y una minoritaria pero no insignificante fracción dedicada al trabajo manufacturero y los inicios de la industria. El comercio también demandaba fuerza laboral. A menudo había una circulación entre estos sectores laborales. Un último rasgo de la migración trasatlántica fue su alta tasa de masculinidad (Adelman 1992; Poy 2014; Ben 2009).

El trabajo doméstico hacia el 1900 estaba compuesto por varones y mujeres en una variedad de ocupaciones cuyas denominaciones eran inestables: sirvientas,

choferes, amas de llave, mucamas, peón de cocina, mayordomo, niñeras, cocineras, criadas, entre otras. La información del rubro siempre ha sido deficiente por su carácter informal (Allemandi 2017). En todo caso, los estudios sobre el tema calculan que, según datos provistos por los censos nacionales, el número de empleos domésticos fue de 100 mil en 1914, 470 mil en 1947, y se ha mantenido en alrededor de un millón de trabajadoras desde 1960 hasta alcanzar a 1,4 millones en la actualidad. Por supuesto, las cifras deben ser contextualizadas con el aumento poblacional que pasó de 7,8 millones en 1914 a 25 millones en 1960 y 45 millones en la actualidad.

La composición y rasgos del trabajo doméstico se modificó a lo largo del siglo XX. El cambio más notorio se dio en su distribución por género. Si hacia el 1900 el total de las especializaciones se dividían entre un 70% de mujeres y 30% de varones, un siglo más tarde, más del 99% del trabajo doméstico remunerado es femenino (más adelante ofreceré datos más precisos sobre la situación actual). Por otra parte, el desarrollo tecnológico en los hogares -como el reemplazo de la cocina a carbón por equipos alimentados a gas envasado o natural y la extensión de los sistemas de cloacas y agua potable- trasladaron a las “amas de casa” de las familias “clase media” tareas antes realizadas por el empleo doméstico. Esta transición se realizó entre 1930 y 1970. En el mismo periodo se consolidó una nueva estructura de clases con el surgimiento de la llamada clase media que amplió la demanda del trabajo doméstico antes casi un privilegio de los sectores acomodados. Esto no significa que las nuevas capas en ascenso estuvieran al margen de emplear al trabajo doméstico o al menos desear tenerlo. Por eso tangos con letra de Pascual Contursi como *Champagne tango* (1914) y *Flor de fango* (1916) señalaban la elevación de estatus para las mujeres que significaba “tener sirvienta”. Hacia 1950 también se modificó el sistema habitacional, en el que se desplegó la “propiedad horizontal”: casas particulares o en edificios de departamentos se multiplicaron a lo largo de la década de 1960, que en el marco de una economía de pleno empleo prolongada hasta 1980, redujo los espacios de los hogares y favoreció el pasaje del trabajo doméstico con residencia (denominado “con cama adentro”) al “con retiro” según el cual las empleadas volvían a dormir a sus propios hogares y también a la modalidad “por horas”. Esta última forma -ampliamente dominante en las primeras décadas del siglo XXI- permite circular entre varias casas realizando tareas por un tiempo limitado.

La precariedad ha sido un rasgo perdurable del empleo doméstico. La primera ley parlamentaria de regulación de este tipo de trabajo data del año 2013. Hasta entonces regía una norma laboral establecida por decreto-ley por el gobierno militar *de facto* vigente en 1956, el que dejaba amplios sectores de la actividad desregulada en parte reconociendo las dificultades crónicas para formalizar al sector (Pérez 2015a). La informalidad del empleo y la circulación entre diferentes lugares de labor hicieron muy difícil la construcción de organizaciones sindicales para la defensa de los intereses sectoriales. Fueron numerosos los intentos organizativos desde el 1900, principalmente por activistas socialistas y del catolicismo social, que no obstante fracasaron en

permanecer activos. Recién con el peronismo en el poder, desde 1946, y gracias al impulso de la Confederación General del Trabajo, pudieron construirse representaciones gremiales con capacidad de durar. No obstante, los sindicatos fueron siempre débiles en razón de los problemas técnicos para asegurarse ingresos en una actividad de altísima informalidad incluso en el día de hoy.

A lo largo de este más de un siglo aquí tan sintéticamente resumido se produjo un proceso de racialización del trabajo doméstico. Esta racialización del trabajo doméstico puede rastrearse desde los tiempos coloniales, que en gran medida estaba sometido a principios de diferenciación por castas más que por clases y obedecía más al trabajo servil que al asalariado. Personas negras e indígenas, esclavizadas o sometidas a servidumbre, eran utilizadas para el servicio en las casas de criollos y españoles. Desde entonces se consolidaron referencias culturales de larga duración respecto de la inferioridad individual, de color de piel y cultura, la creencia de poder disponer de esos cuerpos de menor valor, situados en una posición de minoría de edad. Durante el tardío siglo XIX, con el desarrollo de los discursos racialistas, esas referencias se traducirían al tratamiento racista, como explicaré luego, rearticulado desde mediados del siglo XX. Hacia el 1900, renombrados científicos argentinos como José Ingenieros y Carlos Octavio Bunge asumieron, incluso desde una orientación progresista (Ingenieros era socialista) un racismo abierto (Terán 2000).

En este lugar quisiera señalar una primera consideración teórica respecto de los estudios históricos y sociales tal como se suelen desarrollar en la Argentina respecto del trabajo doméstico.

El desprecio del personal doméstico perduró luego de la Independencia y está presente en el día de hoy como una marca indeleble, al que se suma la cuestión de género debido a la feminización de la fuerza laboral. Es interesante interrelacionar ese rasgo con el discurso y las prácticas de la afectividad, del ser “como de la familia”, que constituye un aspecto de la sociabilidad interclasista en el sector. Si bien este último tema no será abordado en el presente artículo, entiendo que un estudio en términos del *emotional turn* se torna apologético si olvida las opresiones de clase, cultura, género y color de piel.

Un concepto organizador de las investigaciones sobre el trabajo doméstico en la Argentina ha sido el de “modernización”, muy difundido en las ciencias sociales entre las décadas de 1960 y 1970, y retomado por los estudios históricos posteriores al retorno a la legalidad democrática en 1983. El paradigma de la modernización, aunque posee variantes y usos peculiares, remite a la imagen de un proceso de cambios estructurales y actitudinales que conducen de las formas tradicionales a las modernas. Este fenómeno sería económico pero también social y cultural. De tal manera, las antiguas costumbres son reemplazadas por formas más secularizadas e igualitarias. Con todas sus contradicciones, la modernización supondría márgenes crecientes de libertad, capacidad de acción y reconocimiento. Es un enfoque historiográfico y sociológico optimista. Una preocupación recurrente de las investigaciones basadas en la modernización es que identifica los obstáculos para el progreso social. En el caso del trabajo

doméstico, el problema son las dificultades para el acceso del personal doméstico a los hábitos de los sectores medios, hábitos que a menudo son considerados como índices de modernidad: autonomía, maternidad, amor romántico, etc. No siempre es claro si esos valores son evidentes en las trabajadoras domésticas, si son parte del repertorio de agencia de clase, o si son prejuicios de los y las investigadores académicos de clase medio que no raramente son patrones del servicio doméstico.

La dimensión racialista que ha acompañado al trabajo doméstico desde la colonia hasta la actualidad de un país inserto en el escenario global problematiza el paradigma modernizante, o más bien lo revela como una visión apologética (no siempre conscientemente voluntaria) donde se olvidan las formas cristalizadas del desprecio y la opresión que acompañan al sector. La noción de la Argentina como “crisol de razas” es equivalente a la de “democracia racial” en Brasil, ideologemas superpuestos a una profunda y compleja historia de racismo. Por supuesto, las figuras de la opresión de clase y racialista tienen su propia historia. No constituyen un rasgo culturalista. Lo importante para este estudio es que afectaron al trabajo doméstico como a ningún otro sector de la clase obrera en la Argentina “moderna”.

Entre 1880 y 1930 el grueso del trabajo doméstico estaba compartido por personas nacidas en el país e inmigrantes provenientes de las grandes corrientes transatlánticas llegadas principalmente de Europa meridional y oriental para desilusión de las élites argentinas que deseaban habitantes nórdicos. La imagen del servicio doméstico, sobre todo en las grandes ciudades (Buenos Aires, Rosario, Córdoba, ya avanzado el siglo XX se suman Mendoza, La Plata y Mar del Plata) estuvo identificada con las españolas (“gallegas”) y francesas especialmente estas últimas como niñeras. El racialismo estuvo presente en los atributos culturales, por ejemplo respecto de la brutalidad y estupidez atribuida a las *gallegas*. Todo cambió desde 1930. Entonces se hizo más presente la oferta de mano de obra de trabajadoras domésticas de orígenes locales, del llamado “interior del país” o “las provincias”, usualmente de tonos de piel más oscuros que la considerada obvia para una población auto-representada como europea y blanca (Devoto 2003: 361-395).

En este lugar es preciso aclarar que en la Argentina la categoría de color como marcación racializante tiene una ambigüedad constitutiva. Una persona de tez oscura pero con dinero o cultura puede ser considerada “blanca”, del mismo modo que un individuo de piel pálida, en ciertas circunstancias, puede ser visto como un “negro”. Estas construcciones del color y de la jerarquía son rastreables hasta tiempo coloniales en las colonias españolas donde la pigmentocracia podía ser matizada de acuerdo a múltiples circunstancias y escalas (Martínez 2008; Stolke 2009; Twinam 2009).

Las concepciones intelectuales que en el periodo postcolonial plantearon la construcción de una nueva nación desearon reemplazar la población originaria y criolla por inmigración europea, preferentemente del norte del continente. Hacia el 1900 el nuevo racismo de rasgos biologicistas declaraba en la población

de rasgos indígenas o mestizos un obstáculo a la “modernidad”. La cuestión racial y de color de piel tuvo particular importancia en la historia de la fuerza laboral del trabajo doméstico remunerado.

Tras la llegada de la democracia de masas, desde 1916 con la presidencia del radical Hipólito Yrigoyen, los epítetos ligados a jeraquización de color se mezcló con el discurso racista y las transformaciones sociales ocasionadas por la urbanización, las migraciones hacia las ciudades, la industrialización y dinámicas de ascenso social (Nállim 2014). Desde 1945, con el naciente peronismo, la intersecciones de clase, color de piel y cultura fueron identificadas con los seguidores de Juan Perón, aunque esa conexión no siempre fuera unívoca. El propio peronismo en el gobierno tuvo una actitud ambivalente hacia el mito de la “Argentina blanca” que afirmaba ser “Europa en América del Sur”.

La presencia de domésticas indígenas o mestizas fue, como ya he indicado, perdurable en la supuesta modernidad argentina. De hecho, uno de los acontecimientos que jalonaron la consolidación de la Argentina “moderna”, la ocupación violenta de los territorios de la región patagónica norte, la llamada “Conquista del desierto” (1878-1885) tuvo como uno de sus corolarios la distribución de niñas y niños de las comunidades originarias vencidas. Lo fueron calidad de “criados” u otras ocupaciones que debían trabajar gratuitamente para las familias ricas a cambio de “civilización” (Allemandi 2019). Sus procedencias e historias fueron borradas como incompatibles con el país en construcción (Escolar & Saldi 2018). De todas maneras, la utilización de mano de obra doméstica de sectores originarios fue perdiendo relevancia en las grandes ciudades, perdurando en las zonas rurales y en poblados menores. No obstante, durante la subsiguiente historia argentina las simbologías revelaron temporalidades ajenas al lapso breve de los acontecimientos inmediatos. Las imágenes de los *malones* indígenas proveyeron, como el carnaval de personas negras, un archivo de representaciones racializantes para aludir a esos cuerpos inferiorizados ajenos a la utopía de la blanquitud europea occidental con que se edificó la autoimagen estatal e ideológica por parte de las clases dominantes locales.

La dimensión racializante se reconfiguró con la mutación ocurrida cuando la Primera Guerra Mundial y luego las repercusiones de la crisis económica de 1929 generaron las condiciones para una dinámica de industrialización y mayor urbanización, las que ampliaron la demanda de fuerza de trabajo. Las grandes migraciones europeas disminuyeron significativamente dando paso a las migraciones desde las provincias a las ciudades litorales. Ese movimiento demográfico silencioso pero indetenible fue una de las precondiciones del peronismo que desde 1945 alteró la vida política, social y cultural argentina.

Los estudios sociales e históricos discutieron la tesis del sociólogo Gino Germani que propuso en 1956 una explicación del surgimiento del peronismo en los términos de la teoría de la modernización asociada a las migraciones internas. Germani (1956) sostuvo que el peronismo tuvo éxito en obtener el consenso activo de las mayorías populares argentinas porque éstas, provenientes en

buena medida de zonas rurales y con caracteres culturales tradicionales (sin experiencias de autonomía de clase, sea sindical o política) comprendieron el discurso reivindicador de derechos sociales de Juan D. Perón y aceptaron el verticalismo político afín a las prácticas caudillistas en que se habían formado. El problema de la modernización argentina consistía, siempre según Germani, en que había avanzado en términos económicos pero no en términos político-culturales. Las realizaciones sociales del peronismo, la “justicia social”, eran adecuadas a las exigencias de la modernización, pero no así las formas políticas y la heteronomía que Perón imponía a la clase trabajadora. Esta explicación fue cuestionada en varios aspectos (Murmis y Portantiero 1971, sobre la importancia de las organizaciones de clase; Halperin Donghi 1975, sobre las experiencias complejas de la población migrante). Entre ellos fue fundamental señalar la problemática distinción entre tradicionalismo y modernidad, como también los problemas empíricos de atribuir un origen rural a las grandes masas migrantes posteriores a 1930. Desde 1980 se difundieron explicaciones del peronismo basadas, sobre todo, en el plano político-discursivo y el económico-social, abandonándose la cuestión de la modernización (aunque este término, según he señalado, es de uso habitual en la investigación en historia y ciencias sociales, sin exceptuar los estudios sobre el trabajo doméstico remunerado).

Había en el asunto planteado por Germani un enigma que su propio planteo no podía resolver y que permanece abierto: el de una diferencia cultural profunda en la vida pública del periodo 1945-1955. Este es precisamente uno de los temas vigentes en la investigación del peronismo: las tensiones que suscitó e involucró inaugurando una confrontación cultural perdurable, a pesar de las numerosas peripecias políticas del movimiento identificado con Perón. Se trata de una asociación entre peronismo y los llamados “cabecitas negra”, una composición de dimensiones de clase, cultura y color de piel donde por un lado se encuentra la población blanca, cultura y liberal, y por otro lado los negros, pobres, violentos y populistas. De esa escisión pareciera no haber modernización ni progreso. Fracasa la idea histórica de un país democrático y abierto, sin problemas raciales, pues su población sería mayoritariamente blanca y bien educada, dispuesta a integrar a quienes demuestren los méritos para el ascenso social.

Mi investigación sobre el primer peronismo y la clase obrera insistió en otorgarle un lugar eminente en la reconstrucción de la época a las trabajadoras domésticas (Acha 2014), en base a dos razones. La primera es que si bien la imagen del “cabecita negra” fue tradicionalmente masculina, las informaciones demográficas están de acuerdo en que la mayoría de quienes llegaron a las grandes ciudades entre 1930 y 1960 fueron mujeres. No obstante esa evidencia constatada por estudios demográficos hace varias décadas (Lattes y Recchini de Lattes 1969), aún dentro del propio discurso peronista o filoperonista el *cabecita* fue casi siempre un varón (Ratier 1971). El estudio de Marcela Gené (2005) sobre la iconografía de los trabajadores durante el primer peronismo provee evidencia de que para la propaganda peronista y estatal el modelo del

trabajador varón adulto y en general “blanco” coexistía con el trabajador de tez oscura previamente invisibilizado. Menos habitual en la gráfica peronista fue encontrar imágenes de mujeres trabajadoras pues su lugar era pensando sobre todo en el hogar cuidando a los niños. En los últimos años han aparecido numerosos estudios que trabajan la construcción del mito de la “blanquitud” argentina y el lugar del peronismo en las dimensiones representacionales, afectivas y políticas del fenómeno (amplias bibliografías en Grimson 2016; Gordillo 2020; Adamovsky 2016), en las que en mi opinión el enfoque de género requiere un mayor desarrollo.

Las informaciones recogidas en mi trabajo sugerían, justamente, que debía repensarse la dimensión de género en el mito social del “cabecita negra” para incorporar la diferenciación sexual y las representaciones a ella asociadas. La segunda razón es que la investigación histórica me permitió analizar que las mujeres trabajadoras jóvenes, especialmente en el rubro del servicio doméstico, suscitaron inquietudes asociadas con la amenaza del peronismo a las jerarquías sociales de clase y de cultura. La conflictividad de clase en el sector se expresó de diversas maneras, con las características dificultades de esta fracción de la clase trabajadora para organizarse sindicalmente (Acha 2012-2013). Esta conflictividad coexistía con discursos de larga duración que negaban la diferencia de clase porque las domésticas eran “como de la familia”, había un vínculo afectivo entre trabajadores y patrones por cuanto en numerosas ocasiones éstos habían “ayudado”, “criado” o “educado” -todo términos encubridores de la explotación laboral aunque no necesariamente insinceros- a aquellos desde la infancia.



Imagen 1. Representantes del Sindicatos de Trabajadores de Casas Particulares visitan el diario Democracia para difundir sus demandas. Democracia, 4 de octubre de 1946.

La identidad de clase se expresó en el reclamo de un cambio de denominación en el escenario de una “Nueva Argentina” de la justicia social peronista en la que ya no deseaban ser llamadas sirvientas o criadas. Debían ser nombradas como “trabajadoras de casas particulares”. No estuvieron ausentes otros fenómenos en apariencia ajenos a la lucha de clases basada a menudo en huelgas o acciones de protesta de un proletariado organizado en sindicatos y en el lugar de trabajo, idealmente en fábricas u oficinas. En circunstancias muy diferentes, las trabajadoras domésticas manifestaron sus desacuerdos y odios hacia sus patrones a través de desafíos, renuncias para ir a otro empleo, rumores y chismes, la transmisión de información para el robo en las casas patronales, así como la sustracción por mano propia e incluso la agresión física directa. No faltaron ocasiones en que las empleadas robaban ropas o joyas de las patronas que ellas se consideraban con derecho a usar, o con resentimiento de clase arrojaban a la calle las vestimentas lujosas para arruinarlas. Si estas últimas

actitudes tenían un aspecto de identificación con las patronas y sus consumos, también poseían un rasgo de protesta contra el prestigio o visibilidad en el goce clasista de ciertos bienes. En suma, se puede mostrar a través de las investigaciones documentales que si bien las trabajadoras domésticas se hallaban en una difícil situación de inferioridad social, organizativa y cultural, no por ello es adecuada la idea, corriente en la época, de mujeres temerosas y resignadas a la explotación y el desprecio. También procuraban desear y ser deseadas.



Imagen 2. Dos hermanas trabajadoras roban a sus empleadores. *Diario La Época*, 22 de junio de 1948.

Esta conflictividad fue asociada al cuestionamiento de la deferencia y tuteladas culturales previas. El historiador Daniel James (1988) vio allí el aspecto “herético” del peronismo hacia las jerarquías sociales previas. Para el antiperonismo también las trabajadoras domésticas fueron representadas como un peligro. Daniel Gamero (2007) denominó al escritor argentino Julio Cortázar “el inventor del peronismo” por la creación de ciertas figuras narrativas luego incorporadas a los relatos e interpretaciones sobre qué fue el peronismo. En efecto, en su libro de cuentos aparecido en 1951, significativamente intitulado *Bestiario*, formuló algunas alegorías perdurables del peligro peronista donde las mujeres amenazantes tuvieron protagonismo. En uno de sus relatos, “Las puertas del cielo” (Cortázar 1951), narra la asistencia de dos varones blancos de clase media a un baile público donde se encuentran “los monstruos” que invaden la ciudad culta. Apelando a términos racistas y despectivos, Cortázar distingue sobre todo a las sirvientas de piel oscura, modales brutales y malos olores que, sin embargo, son en la figura de una ellas llamada Celina el

objeto de deseo sexual y temor. Los viejos tópicos del *malón* indígena y el carnaval se confundían en el baile popular que reunía a sirvientas y conscriptos provincianos. El peligro social y sexual de las trabajadoras domésticas fue un aspecto de la construcción del otro social y cultural en la literatura antiperonista. Por supuesto, no se trata de que Cortázar inventara un fenómeno tan complejo como el peronismo, sino que articuló literariamente temas *a posteriori* centrales para la historia de la literatura argentina vinculada con la temática peronista: las jerarquías entre lo alto y lo bajo en materia cultural, la suciedad y la limpieza, la violencia y la educación, la blanquitud y la negritud (o las pieles cobrizas).

Con el derrocamiento del gobierno peronista en septiembre de 1955 se abrió un nuevo escenario. El “cabecita negra” fue resignificado como el obrero combativo, masculino, haciendo olvidar la actuación de las mujeres del sector doméstico que habían suscitado tantas inquietudes y que Eva Perón -aunque de piel “blanca” era también una migrante interna desde su Junín natal- parecía representar en una mezcla de amenaza femenina donde se conjugaban violencia y sexualidad (Guber 2002).

Las dos décadas que transcurrieron entre el *coup d’État* de 1955 y la sangrienta dictadura militar de 1976-1983 verificaron cambios sociales en las costumbres públicas y privadas. Los *sixties* prometían finalmente la modernización demorada, con la internacionalización de los consumos, las innovaciones musicales y políticas. El trabajo de las mujeres en el hogar también se vio afectado por las nuevas tendencias y el desarrollo de tecnologías del procesamiento de alimentos y lavado de indumentaria que facilitaron un nuevo modelo donde los quehaceres domésticos dejaron de ser vistos, hasta cierto punto, como inadecuados para la “mujer moderna”. Inés Pérez (2015b) ha investigado esa reinención del trabajo en el hogar. La demanda global de trabajadoras domésticas disminuyó relativamente, pero en términos absolutos se mantuvo estable. Lo que no se perdió entre las promesas de la “modernización”, fue la repercusión de las representaciones culturales de las trabajadoras domésticas como personas incultas, oscuras y peligrosas, donde los discursos racializantes tienen un papel destacado. Tal vez sea de interés, como genealogía de nuestra “actualidad”, asomarnos a qué ha sucedido con las imágenes de las trabajadoras domésticas en los tiempos de cuarentena generadas por la pandemia del Covid-19.

Mi hipótesis es que el salto temporal, a primera vista arbitrario, muestra justamente que no es injustificado pues expone la persistencia de una relación antagónica de clase atravesada por odios, temores, amistades, injurias y ambivalencias irreductibles en una sociedad de clases. La índole económica del clasismo inherente a la relación social capitalista coexiste con otras dimensiones sistémicas afines a dicha desigualdad estructural, tales como la dominación masculina, el racismo y las jerarquías de cultura.

2. Trabajadoras domésticas y clasismo racializado en tiempos

de cuarentena

He indicado previamente que el año 2013 entraña una fecha importante para las trabajadoras domésticas pues por primera vez se reguló el sector de acuerdo a una ley nacional. Desde entonces se instituyó el límite de 8 horas diarias de trabajo y se prohibió la labor de personas menores a 16 años. Según informaba por esas fechas el sindicato Unión de Personal Auxiliar de Casa Particulares (UPACP), el número de personas empleadas en el rubro era de 1,100,000, en su enorme mayoría mujeres. Cinco años más tarde, la Segunda Encuesta Nacional a Trabajadores sobre Condiciones de Empleo, Trabajo, Salud y Seguridad, probablemente por un mejor registro de la actividad, elevó el número a 1,400,000 (Observatorio Superintendencia de Riesgos del Trabajo 2020; López Mourelo 2020). La composición femenina del empleo alcanzaba al 99,3% Este número representa el 17,4% de las mujeres asalariadas en el país y el 8,1% del empleo total. Una singularidad operante desde la década de 1960 es que un número creciente de trabajadoras proviene de los países limítrofes, especialmente de Bolivia y Paraguay. Esas trabajadoras alcanzan en 2018 al 10% de la fuerza laboral sectorial, aunque tradicionalmente el porcentaje se eleva en la ciudad de Buenos Aires (Rodríguez Nardelli 2016). No hay datos confiables sobre la significación del número de hijas de migrantes, entonces argentinas de primera generación, en la composición de la fuerza laboral. Lo que no se modifica es el estigma de la incultura y la subordinación racializada para esas trabajadoras.

Según informa la mencionada Encuesta, la mayoría de las trabajadoras se emplea después de cumplir los 35 años, a menudo en búsqueda de un ingreso como cabezas de familia. Esta cuestión se reveló como especialmente importante durante la cuarentena con la suspensión de las clases escolares pues la asistencia a las instituciones educativas creaban tiempos utilizados para el trabajo en otras casas, los que disminuyeron con la necesidad de asistir a sus propios hijos e hijas.

Las trabajadoras domésticas fueron especialmente afectadas por las medidas restrictivas de la cuarentena. A pesar de la ley de 2013 y los incentivos estatales para el registro formal de las trabajadoras -por ejemplo a través de la devolución de impuestos a las y los patrones- se calcula que todavía más de dos tercios del sector se encuentra en la informalidad en contraste con el 34% de ausencia de registro que afecta al conjunto de los asalariados. El auxilio del Estado al cese de actividades asalariadas, el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) fue implementado solo durante tres oportunidades a fines del año 2020.

Específicamente respecto del Covid-19, además de los efectos destructivos sobre la demanda de empleo, la modalidad “con retiro” y “por horas” hace que la circulación entre casas de labor y sus propios hogares exponga a las trabajadoras al contagio en trenes, subterráneos y colectivos. Recién en diciembre de 2020, es decir nueve meses después de iniciada la cuarentena, se autorizó a las trabajadoras domésticas el acceso al transporte público en calidad de “personal esencial”. Hasta entonces el acercamiento al lugar de trabajo

estuvo a cargo de los y las empleadores, lo que disminuyó drásticamente la demanda del servicio doméstico. Estas circunstancias se asemejan al análisis que proveyó Louisa Accari sobre la primera muerte por el Covid-19 registrado en el Brasil, que no por azar fue la trabajadora doméstica negra de 63 años de edad Cleonice Gonçalves (Accari 2020)

La problemática del transporte de las trabajadoras había llegado a los medios de comunicación antes de la pandemia. El conflicto se presentó en la zona de Nordelta, un conjunto de barrios cerrados conocidos como *countries* en el partido de Tigre, en noviembre de 2018 debido a que por presiones de los propios habitantes, se impedía a las trabajadoras utilizar los buses de transporte exclusivos del lugar. Por eso las empleadas se veían obligadas a utilizar *remises* (automóviles de alquiler) o taxis que, contra lo que determina la ley, en general abonaban de sus bolsillos. Las trabajadoras bloquearon el acceso a los barrios cerrados en protesta por la situación. De acuerdo a los choferes de los buses de la empresa MaryGo, ellas no podían subir porque todos los asientos estaban ocupados y no estaba permitido viajar paradas. Pero según algunas empleadas la situación era diferente. Una de las trabajadoras que no quiso dar su nombre para no sufrir represalias, testimonió al respecto: “Las empleadas nos enteramos que la verdad es que no nos dejan viajar en esos micros, con profesionales o propietarios, porque en una reunión de vecinos ‘nordelteños’ dijeron bien claro que los vecinos (gerentes de importantes empresas, políticos, empresarios, figuras mediáticas) no quieren viajar más con nosotras porque dicen que olemos mal y hablamos mucho.” (Pronto, 2018).

Los chats de vecinos de Nordelta, según informó la prensa, rechazó las acusaciones de discriminación y MaryGo tuvo que dejar subir a las trabajadoras. Lo cierto es que el mismo conflicto se había presentado con anterioridad, en 2008 y 2010, y había suscitado la misma forma de protesta por parte de las empleadas. La tensión entre los patrones ricos de Nordelta y las empleadas pobres y de piel insuficientemente “blanca” se constituyó en un escena de pugna ideológico durante los meses de pandemia aún en curso.

Un escándalo de repercusión nacional ocurrió cuando salieron a la luz twits de integrantes del equipo nacional de rugby “Los Pumas” con expresiones racistas especialmente dirigidas contra las trabajadoras domésticas. En este lugar es preciso aclarar que en la Argentina el rugby es defendido por sus practicantes como un *deporte de caballeros*, de gente *educada, blanca y con dinero*, en oposición al fútbol multitudinario, propio de *negros villeros*. La clase media no se halla siempre cómoda en esa división. Eso es particularmente válido para los varones de dicha clase para los cuales, de manera general, el fútbol y el asado de carne vacuna son marcadores de masculinidad heterosexual.

Los equipos de rugby más importantes está ubicados en la zona norte del conurbano, justamente cerca de Nordelta. La misma situación se reitera en otras sedes de equipos de rugby del país, como en Mendoza y Tucumán, en los que el deporte se identifica como marca de distinción de la clase rica. De hecho, la oposición al fútbol de “negros” desencadenó el hecho. Los Pumas no

homenajearon al recientemente fallecido popular futbolista Diego Maradona en un partido jugado con los All Blacks de Nueva Zelanda, quienes sí manifestaron su recuerdo. Subrayo aquí que en la Argentina Maradona es tan adorado como despreciado, contándose en esta última actitud los reproches de “negro”, “villero”, “violento”, “peronista”, “zurdo”, “gordo”, “drogadicto”, entre otros. En medio de la polémica suscitada por el olvido o descuido en el duelo por el ídolo popular, en diciembre de 2020 se dieron a conocer antiguos twits de integrantes de Los Pumas, y entre ellos su capitán, en la que bromeaban con expresiones como las siguientes:

El odio a los bolivianos, paraguayos, etc. nace de esa mucama a la que una vez se le cayó un pelo en tu comida (Pablo Matera, capitán); Voy a rapar a la mucama la puta madre (Matera); Mi empleada es un primate fuera de joda (Guido Petti, jugador); Qué es una mucama embarazada de trillizos? Un kit de limpieza (Petti).



Imagen 3: Twits de rugbiers argentinos.



Imagen 4: Twits de rugbiers argentinos.

Uno de los varios sindicatos que representan a las empleadas, la Unión de Trabajadoras Domésticas y Afines (UTDA) reaccionó condenando los twits que,

afirmaba, no eran exclusivos de los jugadores de rugby involucrados:

La UTDA repudia enérgicamente la expresiones racistas, xenófobas y misóginas proferidas por tres integrantes del seleccionado argentino de rugby, las cuales en alguna medida demuestran los prejuicios que posee un sector importante de la sociedad argentina respecto de nuestro colectivo laboral y del valor de nuestro trabajo (Gestión Sindical 2020).

La repercusión del debate cultural y social generado por el caso de los rugbiers recorrió durante varios días los medios de comunicación y las redes sociales de la Argentina. Incluso fue tema de un personaje sarcástico creado por el actor Santiago Campana, “Dicky del Solar” de Nordelta (por ejemplo en <https://www.youtube.com/watch?v=Z-II-UBbs1w>). Del Solar es un apellido tradicional del rugby local. Dicky recupera los temas tradicionales de los conflictos que se ocultan detrás de la relación con la empleada Betty, a la que llama en tono jocoso “Betún” (*bitumen*, en alusión evidente al color oscuro de su piel). Por ejemplo, en el video de Youtube asociado al enlace, Dicky reprocha a Betty, quien “no es argentina”, comer demasiados alfajores que el empleador tiene contados, o hacer llamados telefónicos de larga distancia utilizando el aparato del patrón. En el mismo tono dice haberse preocupado por la salud de Betty pues podría olvidarse cómo limpiar pero, añade, que “por lo bien que lo hace pareciera llevarlo en el ADN”. En la serie de Dicky del Solar, Betty juega un rol central en la representación del clasismo y racismo argentinos.

La intersección de dimensiones de clase, racialización, color de piel, género y cultura perdieron solo parcialmente la poderosa conexión con el fenómeno del peronismo visto en la sección anterior de este artículo. El nexos continúa de alguna manera vigente, así sea debilitado. Lo que se mantiene resistiendo las promesas de la “modernización” son las cristalizaciones clasistas, racistas y misóginas que desmienten las ilusiones de un país “sin problemas raciales”. Las circunstancias particulares de la extensa cuarentena no fueron obstáculo para que dejaran de manifestarse.

3. Conclusiones: clase, género y jerarquías de color de piel en la Argentina

El propósito de este trabajo consistió en destacar dos lineamientos que en mi opinión pueden enriquecer la reflexión sobre el racismo en la sociedad argentina contemporánea. En primer lugar, la mediana duración de la historia de las trabajadoras domésticas revela la interacción entre procesos de cambio particulares (la consolidación del Estado nación en la segunda mitad del siglo XIX, el peronismo, la pandemia de Covid-19) y sedimentaciones de fenómenos que resisten el paso del tiempo. Es lo que se observa respecto de los atributos racializados del trabajo doméstico sobre todo a partir de 1930, aunque en

realidad así se reconfiguraban antiguas clasificaciones provenientes de tiempos coloniales. El mito del país blanco y sin conflictos raciales revela sus dificultades cuando reconstruimos las trayectorias de las trabajadoras domésticas. En segundo lugar se encuentra la conveniencia de intersectar el análisis de clase con la racialización y las jerarquizaciones atribuidas al color de piel, rasgos culturales y corporales asignados a ciertas ocupaciones, tales como el olor de las trabajadoras domésticas. Por supuesto, estas cuestiones son hallables en otras experiencias históricas. Se recordará así que en la película surcoreana *Parasite* (2019), la violencia de clase desde abajo es desatada cuando el rico empleador confiesa no tolerar el olor “insoportable” de los empleados domésticos. La cuestión del olor fue significativa en el relato de Cortázar sobre los “monstruos” antes mencionado y fue expresada por una trabajadora como una de las razones por las cuales no las dejaban utilizar los transportes de Nordelta.

Las trabajadoras domésticas explotadas, despreciadas y discriminadas sistemáticamente no fueron meras víctimas de las duras condiciones en que vivieron y viven. Las formas de la lucha de clases son complejas y dinámicas. Suelen adoptar las configuraciones posibilitadas por las situaciones concretas. En los tiempos del primer peronismo 1945-1955 la conflictividad de clase asumió la institucionalización gremial, el reclamo por no ser llamadas “sirvientas” sino “trabajadoras”, e incluso acciones que no por ser delictivas están eximidas de ingresar al repertorio de pugna clasista.

Ya bien avanzado el siglo XXI el contexto nacional y global se ha modificado enormemente. El mundo es otro. Pero también es el mismo si reflexionamos cómo incluso en una situación de pandemia, los discursos y prácticas de larga duración revelan una obstinada persistencia. Las maneras en que son consideradas y representadas las trabajadoras domésticas en una zona exclusiva como Nordelta, del cual el escándalo de los twits de los rugbiers son un aspecto, expresa las continuidades en el cambio de un país cuyas clases dominantes e intelectuales lo han imaginado como “moderno”, no “latinoamericano” sino “europeo”, “blanco” y “culto”. Por lo tanto debían invisibilizar o subordinar como inferiores a todos aquellos cuerpos y sujetos que no ingresaran en la construcción mítica.

Entiendo que la investigación sobre este tópico pierde filo crítico al utilizar ingenuamente el concepto de modernización, como es habitual hallar en los estudios argentinos. De hecho, la ideología de la modernización ha estado desde mediados del siglo XX en las premisas del desprecio y opresión de las trabajadoras domésticas vistas como ignorantes y brutas. De tal manera las concepciones sociales emitidas desde los sectores privilegiados y las categorías académicas pertenecen a un mismo conjunto de ideas, por cierto en general con actitudes éticas antagónicas.

Una versión distinta, en apariencia más empírica y matizada, es la que recupera los puntos de vista de los actores sociales, tanto por parte de las trabajadoras como de las empleadoras. Las reconstrucciones etnográficas aportan detalles significativos, por ejemplo a propósito del tópico de larga duración vinculado

con las relaciones afectivas como mediación de la divisoria de clases. Por ejemplo, se ha afirmado sobre el afecto, la amistad y la “casi familiaridad” entre empleadas y patronas, que desde el punto de vista patronal suele plasmarse en la idea de que no se trata de una relación de clase: las trabajadoras “ayudan” en la casa (Canevaro 2020). No es sencillo incorporar a esa narrativa del afecto las escisiones ligadas a las jerarquías de clase, de color de piel, de cultura. Algo similar ocurre con el concepto de reciprocidad y de dones entre empleadoras y empleadas (Casas 2019). El hecho de que se permita a una trabajadora llevar a un hijo a la casa de trabajo durante algunas horas diarias porque no es posible dejarlo al cuidado de otra persona o institución crea un compromiso informal con la parte empleadora. ¿Hasta qué punto ese permiso habilita a la patrona una demanda mayor de trabajo o disponibilidad horaria? El problema de la reciprocidad retorna a la condición asimétrica de la relación de clase, entorpeciendo la generación de un lazo de reciprocidad.

El perdurable nudo entre clasismo, racismo y jerarquizaciones de cultura interrumpe el sueño de una superación automática de los obstáculos para un mundo más justo. Tampoco la acción del Estado parece ser suficiente. La incorporación del trabajo doméstico al sistema de las normas laborales es tardío (2013) y aún hoy la informalidad del sector alcanza casi al 70%, revelando obstáculos sociales que exigen medidas más drásticas. Una estrategia más efectiva puede vislumbrarse al percibir la enormidad de los desafíos que supone el anudamiento de las diferentes formas de injusticia cuya alternativa también requiere ser global.

References

- Accari, Louise 2020. “Care for those who care for you! Domestic workers’ struggles in times of pandemic crisis.” *Interface: a Journal for and about Social Movements*, 12(1):121-127.
- Acha, Omar 2012-2013. “La organización sindical de las trabajadoras domésticas durante el primer peronismo.” *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 5-6:27-39.
- Acha, Omar 2014. *Crónica sentimental de la Argentina peronista. Sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Adamovsky, Ezequiel 2016. “Race and Class Through the Visual Culture of Peronism.” In Paula Alberto and Eduardo Elena (Eds.), *Rethinking Race in Modern Argentina*. Cambridge: Cambridge University Press, 155-183.
- Adelman, Jeremy (Ed.) 1992. *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*. London: Macmillan/St Antony's Press.
- Allemandi, Cecilia 2017. *Sirvientes, criados y nodrizas. Una aproximación a las condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de Buenos Aires a partir del servicio doméstico (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Buenos Aires: Teseo-Universidad de San Andrés.

- Allemandi, Cecilia 2019. “Servicios extraordinarios”: la Sociedad de Beneficencia y la colocación laboral de indígenas en el marco de las campañas militares de Pampa, Norpatagonia y Chaco (Ciudad de Buenos Aires, 1878-1895).” *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, 10:135-150.
- Ben, Pablo, 2009. *Male Sexuality, the Popular Classes and the State: Buenos Aires, 1880-1955*, University of Chicago, PhD Dissertation.
- Canevaro, Santiago 2020. *Como de la familia. Afecto y desigualdad en el trabajo doméstico*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Casas, Verónica 2019. “De las empleadas depende la vida de los patrones’. Dones y reciprocidad en el universo laboral de las trabajadoras domésticas en la Ciudad de Buenos Aires.” *Revista Theomai*, 40: 153-170.
- Cortázar, Julio 1951. “Las puertas del cielo”, in *Bestiario*, republished in *Cuentos completos 1*. Buenos Aires: Alfaguara, 1994.
- Devoto, Fernando 2003. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Escolar, Diego and Leticia Saldi 2018. “Apropiación y destino de los niños indígenas capturados en la campaña del desierto: Mendoza, 1878-1889.” *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Débats, mis en ligne le 10 décembre 2018. Available in <http://journals.openedition.org/nuevomundo/74602> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.74602>.
- Gamero, Carlos 2007. “Cortázar inventor del peronismo”, in Guillermo Korn, ed., *El peronismo clásico (1945-1955). Descamisados, gorilas y contreras*. Buenos Aires: Paradiso.
- Gené, Marcela 2005. *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores durante el primer peronismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Germani, Gino 1956. “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, in his *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós, 1962.
- Gestión Sindical 2020. “Fuerte repudio de la Unión de Trabajadoras Domésticas y Afines a las expresiones de los rugbiers de Los Pumas.” *Gestión Sindical*, 1 de diciembre de 2020. Available in <https://gestionsindical.com/fuerte-repudio-de-la-union-de-trabajadoras-domesticas-y-afines-a-las-expresiones-de-los-rugbiers-de-los-pumas/>
- Gordillo, Gastón 2020. “Se viene el malón. Las geografías afectivas del racismo argentino.” *Cuadernos de Antropología Social*, 52:7-35. <https://doi.org/10.34096/cas.i52.8899>
- Grimson, Alejandro 2016. “Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945.” *desiguALdades.net Working Paper Series 93*, Berlin: desiguALdades.net International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.

Guber, Rosana 2002. “El cabecita negra’ o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina.” In: Sergio Visacovsky and R. Guber (Comps.), *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia: 347-374.

Halperin Donghi, Tulio 1975. “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos.” *Desarrollo Económico*, 56:765-781.

James, Daniel 1988. *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lattes, Alfredo; Recchini de Lattes, Zulma 1969. *Migraciones en la Argentina. Estudio de la migraciones internas e internacionales, basados en datos censales 1869-1960*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

López Mourelo, Elva. 2020. *La COVID-19 y el trabajo doméstico en Argentina*. Buenos Aires: Oficina de País de la OIT para la Argentina.

Martínez, María Elena 2008. *Genealogical Fictions. Limpieza de Sangre, Religion, and Gender in Colonial Mexico*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Murmis, Miguel; Portantiero, Juan Carlos 1971. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Nállim, Jorge 2014. *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Observatorio Superintendencia de Riesgos del Trabajo 2020. *Condiciones de empleo, trabajo y salud de Trabajadoras Domésticas de Casas Particulares. Resultados de la ECETSS 2018*. Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, 2020.

Pérez, Inés 2015a. “Un ‘régimen especial’ para el servicio doméstico. Tensiones entre lo laboral y lo familiar en la regulación del servicio doméstico en la Argentina, 1926-1956.” *Cuadernos del IDES*, 30. *El trabajo doméstico: entre regulaciones formales e informales. Miradas desde la historia y la sociología*, Buenos Aires, octubre de 2015, 44-67. Available in <http://ides.org.ar/wp-content/uploads/2012/03/Cuadernos-del-IDES-N%C2%BA-30-October-2015.pdf>.

Pérez, Inés 2015b. “Modern Kitchens in the Pampas: Home Mechanization and Domestic Work in Argentina, 1940-1970.” *Journal of Women's History*, 27:88-109.

Poy, Lucas 2014. *Los orígenes de la clase obrera Argentina: Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Pronto 2018. “Un grupo de empleadas domésticas de Nordelta cortó la entrada al barrio denunciando discriminación.” *Pronto*, 13 de noviembre de 2018. Available in <https://www.pronto.com.ar/actualidad/2018/11/13/un-grupo-de->

[empleadas-domesticas-de-nordelta-corto-la-entrada-al-barrio-denunciando-discriminacion-45080.html](https://doi.org/10.12957/interf.v13n2.p076).

Ratier, Hugo 1971. *El cabecita negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Rodríguez Nardelli, Ana L. 2016. *Impacto del programa de profesionalización del servicio en casas particulares sobre trabajadoras y trabajadores domésticos de origen nacional y migrante en Argentina*. Buenos Aires: Oficina de País de la OIT para la Argentina.

Stolcke, Verena 2009. “Los mestizos no nacen sino que se hacen.” *Avá. Revista de Antropología*, 14: 2-30.

Terán, Oscar 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Twinam, Ann 2009. “Purchasing Whiteness: Conversations on the Essence of Pardo-ness and Mulatto-ness at the End of the Empire.” In: Andrew B. Fisher and Matthew D. O’Hara (eds.). *Imperial Subjects: Race and Identity in Colonial Latin America*. Durham, NC: Duke University Press, 141-166.

Sobre el autor

Omar Acha es doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París). Ejerce tareas docentes en el Departamento de Filosofía en la UBA y es Investigador Independiente en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Entre sus libros, ha publicado recientemente *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán* (2017), *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo. Ensayos sobre la abstracción social* (2018) y, próximamente aparecerá su obra *Marxismo e historia. Deconstrucción y reconstrucción del materialismo histórico*.